

todos los dioses del mundo, fué aquella misma noche á ver á las vestales, confiando el cuidado del niño enfermo á la fiel Silvia, la antigua nodriza que le había criado.

Pero en el Palatino la muerte del pobre niño era cosa decidida. Apenas la litera de Popea salió de palacio, dos libertos entraron en la estancia del enfermo. Uno de ellos se precipitó sobre la vieja, atándola fuertemente; el otro, cogiendo una estatua de bronce que figuraba una esfinge, le asestó con ella un golpe en la cabeza para aturdirla.

Después se acercaron á Rufo. El niño, inconsciente, calenturiento, no comprendiendo nada de lo que ocurría á su alrededor, les sonrió, mirándolos con sus hermosos ojos centelleantes, como tratando de reconocerlos. Pero ellos, arrancando la faja que llevaba la nodriza, ahogaron con ella á la infeliz criatura, que invocó en un suspiro á su madre por última vez, y expiró. Los dos sicarios envolvieron en un lienzo el mísero cuerpecito, salieron, montaron los caballos que les aguardaban y galoparon hasta llegar á Ostia, donde se libraron de su enojosa carga, arrojándola al mar.

Popea, no habiendo encontrado á la *Virgo magna*, porque con las otras vestales estaba en casa de Vatinio, regresó muy pronto. A la vista del lecho vacío y de la vieja, tendida en el suelo, inmóvil, cayó desvanecida; y cuando se logró, después de muchas fatigas, hacerla volver en sí, su dolor se desfogó en gritos salvajes que no cesaron en toda la noche ni al siguiente día.

Al tercero, después de su desventura, tuvo que asistir á un banquete por orden de César. Vestida con una túnica de color amatista, con sus cabellos de oro, su bellissimo rostro petrificado, magnífica en su dolor, pareció á todos extraña y fatal como el ángel de la muerte.

LV

Antes de la construcción del famoso coliseo de Flavio, los anfiteatros romanos eran en su mayor parte de madera, razón por la cual el fuego los había destruído todos. Para celebrar los espectáculos prometidos, Nerón mandó construir algunos nuevos, y entre ellos uno gigantesco. En cuanto quedó dominado por completo el incendio, empezaron á llegar del Atlas, por mar y por el río, infinitos troncos de árboles. Los espectáculos debían superar por su esplendor y por el número de víctimas á todos los precedentes.

Miles de operarios trabajaban día y noche en aquellas construcciones. Se contaban maravillas de las columnas taraceadas de bronce, de ámbar, de marfil, de madreperla y de concha finísima. A lo largo de las gradas canales de agua helada esparcían una agradable frescura durante los fuertes calores del estío. Un enorme velario purpúreo protegía contra los rayos del sol á todos los espectadores. Entre las filas de asientos se habían colocado recipientes donde se quemarían deliciosos perfumes orientales, y sobre los bancos surtidores de aceites olorosos. Los célebres arquitectos Severo y Célero rivalizaban en celo y habilidad para erigir un anfiteatro capaz para un número de espectadores como nunca se hubiera podido imaginar hasta entonces.

El día en que debía celebrarse el primer espectáculo matutino la inmensa muchedumbre se agolpaba á las puertas del Anfiteatro desde el amanecer, escuchando con infinita complacencia el rugido de los leones y los roncros alaridos de las pauteras y de los perros. Hacía dos días que los animales estaban en ayunas, y para incitarles más se les ponían á la vista, fuera de las jaulas, pedazos de carne sangui-nolenta. A veces los rugidos y alaridos se oían en un coro continuo tan espantoso y salvaje, que la gente no percibía otros sonidos, y hasta los menos sensibles pali-decían de terror.

Al despuntar el día, de las prisiones del Circo llegaban los ecos de los himnos cantados por voces enérgicas, tranquilas y seguras. El pueblo escuchaba atónito, exclamando: «¡Los cristianos, los cristianos!» La noche antes buen número de ellos había sido trasladado al Anfiteatro, pero no desde una sola cárcel, sino unos cuantos de cada una. La muchedumbre sabía que los espectáculos podrían durar semanas y meses. Se dudaba de que en un solo día pudiesen morir los destinados á ser las primeras víctimas. Las voces de hombres, mujeres y niños que resonaban en los coros eran tan nutridas, que el público experto afirmaba que todos no serían devorados aquel día, y eso sin contar con que las fieras quedarían ahitas mucho antes de que la noche tendiera su negro manto sobre la ciudad. Otros observaban que un número excesivo de víctimas no serviría más que para distraer la atención sin aumentar los atractivos del espectáculo, antes bien perjudicando á su efecto.

A medida que se acercaba el momento en que habían de abrirse las puertas del

Circo, la muchedumbre se agitaba y animaba cada vez más. Era un cambio continuo de impresiones y juicios sobre varias cuestiones. Se formaban partidos que discutían la mayor ó menor voracidad de los leones y de los tigres. Se hacían apuestas; otros se interesaban por los gladiadores que debían presentarse antes que los cristianos, y también para esta lucha se formaban partidos, según las simpatías que unos y otros mostraban por los saunios ó los galos, ó bien por los mirmilones, los tracios ó los reciarios.

Comparecieron muy temprano las escuadras de gladiadores, guiados por su maestro. Para no cansarse antes de tiempo, iban sin armas, casi desnudos, llevando únicamente algún ramo entre las manos, ó coronados de flores, jóvenes, bellos, exuberantes de vida y de fuerza. Sus desnudos cuerpos parecían esculpidos en mármol, provocando el entusiasmo de los admiradores de la belleza. Al pasar, algunos de ellos eran llamados por sus nombres: «¡Salud, Furnio! ¡Salud á ti, Leo! ¡Te saludo, Máximo! ¡Salud, Diomedes!» Las muchachas los miraban extáticas, y los jóvenes, buscando entre ellas las más hermosas, contestaban con chistosas frases á la admiración femenina, despreocupados y dichosos, y lanzaban besos á diestro y siniestro, exclamando: «¡Abrázame tú, antes que me abrace la muerte!» Después desaparecían tras las puertas, que para muchos de ellos no habían de volver á abrirse.

Ante el pueblo pasaban nuevos grupos y objetos que despertaban su curiosidad. Detrás de los gladiadores aparecieron los hombres armados de fustas destinadas á azuzar uno contra otro á los gladiadores. Después desfilaron camino del *Spoliarium* los asnos con carros, sobre los que estaban dispuestos los féretros de madera. Por su número, los espectadores podían formarse una idea de la importancia del espectáculo. Avanzaron luego los encargados de dar muerte á los heridos, vestidos á semejanza de Caronte y de Mercurio. Les seguían los vigilantes, los indicadores de los puestos y los esclavos que habían de servir manjares y refrescos á los pretorianos, sin los cuales César no se aventuraba á presentarse en el Anfiteatro.

Por fin se abrieron los vomitorios y la muchedumbre invadió el centro del Circo. Aquel torrente humano iba engrosando por horas, pero la gigantesca construcción podía contener aún número mucho más considerable de espectadores. Los aullidos de los animales, oliendo la carne humana, se hacían cada vez más espantosos y salvajes; además el ruido que armaban los concurrentes al escalar las gradas en busca de asientos semejava el fragor del mar en horas de borrasca.

Apareció en tanto el prefecto de la ciudad, rodeado de su guardia. Detrás de él penetraron en el Circo, sucesivamente y sin interrupción, las literas de los senadores, cónsules, pretores, ediles, empleados de la corte, oficiales del Pretorio, patricios y matronas. Algunas literas iban precedidas de lictores con haces, otras de gran número de esclavos. Las doraduras de éstos brillaban á la luz del sol, lo mismo que los trajes, las plumas, los arillos, las joyas y el acero de los haces de los lictores. El pueblo saludaba con vivas y gritos á los dignatarios.

De cuando en cuando llegaban nuevos escuadrones de pretorianos. Más tarde comparecieron los sacerdotes de varios templos, y después de éstos y acompañadas de lictores, las vírgenes consagradas á Vesta.

La muchedumbre ya no esperaba más que la llegada de César para que diese principio el espectáculo. Para ganarse más el favor del pueblo, Nerón se presentó puntualmente, y con él Popea y los cortesanos, entre los cuales se hallaban Petronio y Vinicio. Éste sabía que su Licia estaba enferma y sin conocimiento; pero como en los últimos días la entrada á la cárcel estaba severamente prohibida y los guardias habían sido sustituidos por otros inexorables que impedían toda comuni-

cación entre prisioneros y visitantes, el joven tribuno no sabía fijamente si entre las víctimas de aquel primer día podría encontrarse su amada. Los leones habían de mostrarse contentos aunque les arrojaran una mujer enferma y delirante.

Pero debiendo presentarse los cristianos en el Anfiteatro en número considerable, y cubiertos todos con pieles de animales, nadie podría notar la falta de los que no figurasen en aquella triste jornada, y sería imposible reconocerlos á todos. Los carceleros del Circo habían sido sobornados, y con los guardianes de las fieras se había hecho un contrato, mediante el cual debían ocultar á Licia en un rincón obscuro, para entregarla durante la noche á algunos siervos fieles de Vinicio, que la llevarían inmediatamente á los montes Albanos. Petronio, enterado del complot, aconsejó á Vinicio que fuese con él al Anfiteatro, se confundiese allí con la muchedumbre y penetrase luego bajo las arcadas para mostrar él mismo á los guardias la doncella, evitando así una equivocación. Los guardianes le hicieron entrar por una puertecita á ellos solos destinada.

Uno de ellos, llamado Ciro, le llevó en seguida al sitio donde se hallaban los cristianos, diciendo á Vinicio:

— Ignoro, señor, si encontrarás á la que buscas. Hemos preguntado á todos por una joven llamada Licia, sin obtener respuesta. Quizá no se fían de nosotros.

— ¿Son muchos?, preguntó el tribuno.

— Buen número de ellos debe esperar hasta mañana.

— ¿Hay algún enfermo?

— Ninguno que no pueda sostenerse.

Ciro abrió una puerta y entraron ambos en un local vastísimo, pero obscuro, que no recibía luz más que por una reja, desde la cual podía verse el Anfiteatro. Vinicio al entrar no distinguió nada; sólo oía voces que murmuraban cerca de él y el rumor incesante de la multitud. Cuando sus ojos se habituaron á la obscuridad, distinguió un grupo numeroso de seres extraños, revestidos con pieles de animales. Algunos estaban derechos, otros arrodillados, todos rezando. Las mujeres se reconocían por la larga cabellera que les caía sobre la piel de que iban cubiertas, y algunas tenían en sus brazos niños también envueltos en vellosas pieles. Claramente se demostraba que todos ellos, ó casi todos, no abrigan pensamientos terrenos, sino otros que les movían á mirar con indiferencia todo cuanto ocurría á su alrededor. Algunos á quienes se dirigió Vinicio preguntándoles por Licia, le miraron como despertando del sueño, sin contestarle; otros, sonriendo, se pusieron un dedo en los labios, y otros le señalaron silenciosamente la reja. Algunos niños, asustados por los rugidos de las fieras, lloraban á ratos, poniendo el grito en el cielo. Vinicio siguió caminando al lado de Ciro y examinando uno á uno todos los rostros, no sin tropezar con algunos que, desmayados por la emoción del momento ó por el excesivo calor, yacían en tierra, y cada vez se internaba más en aquel obscuro espacio, que por sí solo parecía un anfiteatro de enormes proporciones.

De pronto se detuvo; llegó á sus oídos una voz conocida. Se puso á escuchar con atención y se dirigió al sitio de donde partía la voz. Un rayo de luz iluminaba el rostro del que hablaba, y Vinicio reconoció en seguida al inexorable Crispo, envuelto en una piel de lobo.

— ¡Debéis arrepentiros de vuestros pecados, exclamaba, porque ha sonado vuestra hora! El que piensa expiar con la muerte sus pecados comete otro y será víctima del fuego eterno. Con cada culpa de las que habéis cometido habéis renovado el martirio del Señor: ¿cómo creéis, pues, que las expiáis con los sufrimientos que os aguardan? Hoy el justo y el pecador encontrarán la misma muerte, pero el Señor sabrá elegir á sus criaturas. ¡Ay de vosotros! Las garras de los leones despeda-

zarán vuestra carne, pero no borrarán vuestras culpas y vuestra responsabilidad. El Señor ha mostrado suficientemente su misericordia, haciéndose crucificar por vosotros; desde ahora ya no es más que un juez que no dejará impune ofensa alguna. El que cree expiar sus pecados con el martirio ofende la justicia de Dios y se precipitará en lo más profundo del infierno. La misericordia acabó; ahora ha llegado el momento de la cólera divina. Dentro de poco os encontraréis todos en presencia del terrible Juez: ante el Juez tiembla el más justo. Si no os arrepentís, el abismo os aguarda. ¡Ay de vosotros, maridos y mujeres! ¡Ay de vosotros, padres é hijos!

Y extendió las descarnadas y huesudas manos, inexorable hasta en la hora de la muerte.

Algunas voces contestaron:

— ¡Nos arrepentimos de nuestros pecados!

Después siguió un largo silencio, interrumpido sólo de cuando en cuando por el llanto de los niños.

Vinicio se estremeció. Él, que había puesto toda su esperanza en la piedad del Salvador, oía que había llegado la hora de la cólera y que ni siquiera por el martirio se obtenía misericordia. Cruzó por su mente la idea de que en aquellos momentos Pedro hubiera encontrado palabras muy diferentes para confortar á los futuros mártires. Aquellos acentos pavorosos llenaban de fanatismo la oscura cárcel, detrás de cuya reja se extendía el campo del martirio. El aire era irrespirable; frío sudor bañó su frente. Temió caer desvanecido como aquellos con cuyos cuerpos había tropezado. De un momento á otro podría abrirse la reja, por lo cual se puso á llamar á voces á Licia y Ursus, con la esperanza de que, si no ellos, cualquier conocido le respondería.

En efecto, se oyó responder á una persona, envuelta en una piel de oso:

— Señor, permanece en la cárcel. Yo fuí el último en salir y la dejé allí enferma sobre su lecho.

— ¿Quién eres?

— El cantero en cuya cabaña fuiste bautizado. Me prendieron hace tres días y hoy moriré.

Vinicio se sintió aliviado. Su único deseo, al entrar, era el de encontrar á Licia; ahora daba gracias á Dios por no haberla encontrado entre los demás y reconocía en esto una manifestación de la misericordia divina.

El cantero prosiguió:

— ¿Recuerdas, señor, que te guíé por el camino que conduce á la viña de Cornelio, cuando el apóstol predicó en la cueva?

— Sí.

— Volví á verle el día de mi encarcelación. Me bendijo y me prometió que vendría al Anfiteatro para bendecir á los moribundos. Si pudiese verle y ver la señal de la cruz, creo que moriría más contento. Si sabes dónde ha de estar, indícame el sitio.

Vinicio bajó la voz para decirle:

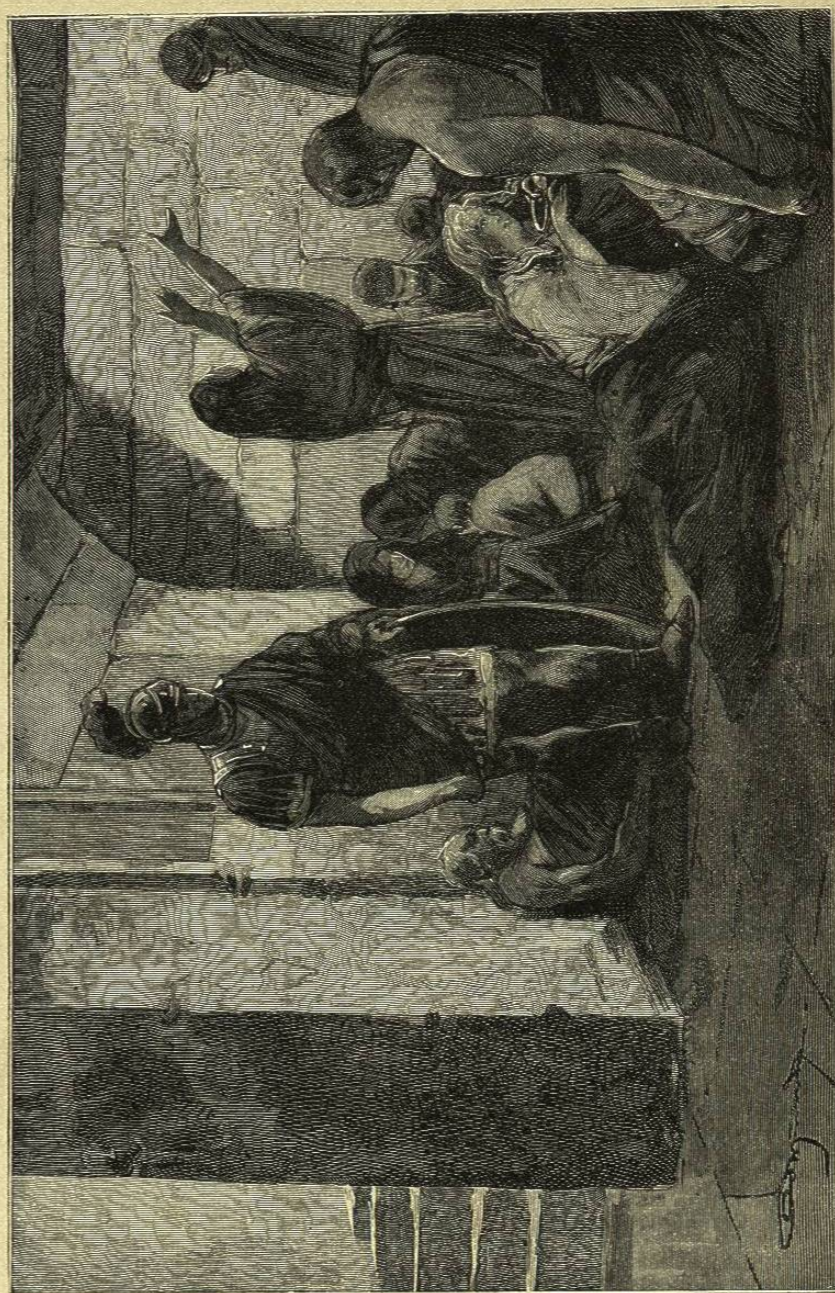
— Estará entre los siervos de Petronio bajo el disfraz de esclavo. No sé qué puestos habrán tomado, pero los encontraré en seguida. Mírame en cuanto entres en el Anfiteatro; yo me levantaré y volveré hacia él la cabeza, de modo que puedas encontrarlo.

— Te lo agradezco. ¡La paz sea contigo!

— ¡Que el Salvador te acoja benigno!

— Amén.

Vinicio abandonó el *cuniculum* y volvió al Anfiteatro, donde reapareció en el sitio que ocupaban Petronio y los demás cortesanos.



Licia enferma y asistida por Ursus en la cárcel Mamertina

- ¿Está?, preguntó Petronio.

- ¡No! Sigue en la cárcel.

- Oye un proyecto mío; pero mientras me escuches, mira á Nigidia para que crean que nos ocupamos de su tocado. Tigelino y Quilón nos miran. Óyeme, pues: arréglate de manera que coloquen á Licia en un féretro y la saquen como á todos los cadáveres. Lo demás lo adivinas, ¿verdad?

- ¡Sí!

Tulio Senecio interrumpió su coloquio, preguntándoles:

- ¿Sabéis si se darán armas á los cristianos?

- No, no lo sabemos, respondió Petronio.

- Preferiría que las tuviesen, dijo Tulio Senecio, porque en caso contrario, el Anfiteatro quedará pronto convertido en una carnicería. ¡Qué magnífico Anfiteatro!

En efecto, el golpe de vista era asombroso; en un palco dorado estaba Nerón con un cordón de diamantes al cuello y una corona de oro sobre la cabeza. Junto á él sentábase la bella Augusta, con su gesto amenazador; rodeándoles, se veía á todas las vestales, los altos empleados, los senadores con sus togas recamadas, los guerreros con sus armas relucientes; en una palabra, todo cuanto de más ilustre y poderoso pesaba en Roma. Los asientos, sobre los que se veían todas las togas blancas, ofrecían el aspecto de una copiosa nevada. En las filas más lejanas estaban los patricios y encima ondeaba la turbulenta masa del pueblo bajo. Guirnalda de rosas, de lirios, de hiedra y de pámpanos serpenteaban entre las columnas.

Todos hablaban en alta voz, llamándose por sus nombres y cantando. A veces alguna frase aguda, circulando de fila en fila, provocaba sonoras carcajadas. Muchos pateaban de impaciencia, porque no se empezaba el espectáculo. De cuando en cuando el pateo se hacía general, produciendo estrépito espantoso. Por último el prefecto de la ciudad dió una vuelta por la arena con su brillante séquito, y cuando hubo hecho la señal de rúbrica con su pañuelo, escapó de millares y millares de pechos un grito de alegría inmensa.

Cada espectáculo comenzaba, generalmente, con la lucha contra los animales feroces, en la cual se presentaban algunos bárbaros. Pero aquel día dieron principio á la función los *andabati*, hombres con yelmos sin abertura alguna, por lo cual tenían que luchar á ciegas. Salió á la arena una escuadra de ellos: todos giraban sobre sí, describiendo círculos á su alrededor con la espada, no encontrando en los primeros momentos nadie con quien tropezar en sus rápidas vueltas; los azuzadores empujaban á unos contra otros, por lo cual algunos encontraron adversarios. La parte escogida del público miraba con desprecio aquel espectáculo; la plebe, en cambio, se divertía viendo los ridículos movimientos de los luchadores. En cuanto dos de ellos chocaban por la espalda, la muchedumbre prorrumpla en una enorme carcajada. «¡A la derecha!» «¡A la izquierda!» se gritaba, engañando expresamente á uno de los gladiadores. Al cabo llegaron á formarse varias parejas y entonces la lucha se hizo sangrienta. Los adversarios arrojaron los escudos; uno cogía fuertemente con su mano izquierda á otro, para no perderlo, combatiendo con la derecha hasta que la lucha se decidía. El caído levantaba el dedo pidiendo que se le perdonara la vida. Al principio del espectáculo casi siempre se pedía la muerte del vencido, especialmente si había luchado con la cabeza cubierta, pues nadie podía reconocerle. Por último, hubo tantos duelos como pares de luchadores, exceptuando á dos de éstos que andaban dispersos; pero fueron también empujados uno contra otro, hasta que ambos cayeron hiriéndose recíprocamente. Mientras se gritaba desde todas partes: *Peractum est!*, algunos siervos corrieron á arrastrar hacia

afuera los cadáveres; jóvenes esclavos lavaron las huellas de sangre y esparcieron sobre la arena hojas perfumadas.

Seguía luego una lucha esperada con gran ansiedad, no sólo por la plebe, sino también por todos los patricios. Durante aquellos combates se hacían entre los jóvenes ricos importantes apuestas, en las cuales á menudo arriesgaban todo su patrimonio. Pasaban de mano en mano las tablas en que estaban inscritos los nombres de los gladiadores al lado de las sumas apostadas. Los gladiadores que habían salido victoriosos en anteriores luchas tenían el mayor número de partidarios, pero también había jugadores atrevidos que apostaban grandes sumas en favor de algún luchador nuevo y desconocido. César apostaba siempre; los sacerdotes, las vestales, los senadores, los patricios, el pueblo..., ¡todos apostaban! Sucedió á veces que muchos que nada tenían se jugaban su libertad. Todos esperaban con el corazón palpitante de ansia, y más de uno hacía votos á alguna divinidad, implorando la victoria por su luchador favorito.

Apenas resonaron las primeras notas de las trompas, el más profundo silencio reemplazó al atronador ruido que hasta entonces había retumbado en el circo. Todas las miradas se fijaron en los cerrojos, á los cuales se había aproximado un hombre disfrazado de Caronte; golpeó la puerta tres veces con un martillo, llamando á los que se hallaban dentro. Lentamente se abrieron las puertas y los gladiadores hicieron su entrada en la arena. Avanzaban en escuadras de cerca de veinticinco hombres cada una: los tracios, los mirmilones, los sannios, los galos, por grupos de cada nacionalidad, todos bien armados; y por último, comparecieron los reciarios llevando en una mano la red y en la otra el tridente. Nutridos aplausos acogían la aparición de cada grupo, llegando la ovación á ser general é incesante cuando hubieron salido todos.

Los gladiadores dieron una vuelta por la arena con su paso firme, pero elástico, haciendo brillar sus armas á la luz del sol. Llegados frente al podio donde se hallaba César, se pararon tranquilos, serenos, seguros de su victoria. Otro sonido de trompa impuso nuevo silencio á la multitud; los gladiadores extendieron solemnemente la diestra, y mirando el semblante del emperador, gritaron, ó mejor dicho, cantaron lentamente:

*Ave, Caesar Imperator!
Morituri te salutant!*

Pronunciadas estas frases, se separaron para ocupar sus respectivos puestos. Habían de batirse por escuadras; pero antes de esto se permitía á los campeones más conocidos sostener luchas singulares, donde lucían mejor la fuerza, la habilidad y el valor de cada uno. Del grupo de galos avanzó un luchador de gran fama, que había obtenido numerosas victorias. En su yelmo y su coraza se reflejaban los deslumbrantes rayos del sol. Contra él se presentó el no menos célebre reciario Calendio.

Aquí alcanzó su grado máximo la fiebre de las apuestas.

- ¡Quinientos sextercios por el galo!

- ¡Quinientos por Calendio!

- ¡Por Hércules! ¡Mil!

- ¡Dos mil!

En tanto, el galo se había colocado en el centro de la arena, haciendo voltear su espada por delante suyo y mirando atentamente al adversario por la rejilla de la visera. El reciario, bello como una estatua y desnudo hasta la cintura, se puso